

EMMANUEL J. GARCÍA

COLECCIÓN ARIEL

19.

LILAS Y RESEDAS

CUENTOS FRANCESES

TRADUCIDOS POR

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

35 ctms.

SAN JOSE DE COSTA RICA
Establecimiento Tipográfico "Alina"
1912

Colección ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

BIOGRAFÍA, CUENTOS Y VERSOS, VIAJES,
ORATORIA, CIENCIA RECREATIVA, LITE-
RATURA INFANTIL, HIGIENE, EDUCA-
CIÓN, TEATRO, GEOGRAFÍA, HISTORIA,
NOVELAS, INSTRUCCIÓN CÍVICA, ETC.

Se publica mensualmente en San José de Costa Rica, A. C.

PUBLICADOS

Céntimos

Fragmentos de un Diario íntimo, de Federico Amiel.....	0.20
Prosa (<i>Cuentos y Crónicas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera.....	0.20
Tolstoi íntimo, (<i>Recuerdos, relatos, conversaciones</i>), de Sergio Persky.....	0.40
Poemas escogidos, de Isaías Gamboa....	0.40
El Hombre y la Tierra, (<i>Extractos: 1ª serie</i>), de Eliseo Reclus.....	0.20
El canto de las Horas (<i>Estudio sobre la Belleza</i>), de R. Brenes Mesén.....	0.25
Rincón de los Niños (<i>Lecturas infantiles</i>), de varios Autores.....	0.25
El Secreto de oro (<i>Estudios literarios é históricos</i>), de A. Zambrana.....	0.50
Cuentos de Verano, de R. Baumbach.....	0.20
Amor y Lágrimas, (<i>Poesías escogidas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera.....	0.50
Los Jardines de las Reinas, (<i>Estudio feminista</i>), de Juan Ruskin.....	0.25
La Propia, (<i>Tipos y Escenas costarricenses</i>), de Manuel González Zeledón (Magón).....	0.50
Misceláneas, de Manuel Ugarte.....	0.50
Defensa de Eutropio, de S. Juan Crisóstomo	0.15
Lilas y Resedas (<i>Cuentos franceses</i>), traducido por Alejandro Alvarado Quirós.....	0.35

Quinto 4-19

COLECCIÓN ARIEL

Nº 19

EMMANUEL J. GARCÍA

LILAS Y RESEDAS

CUENTOS FRANCESES

TRADUCIDOS POR

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

SAN JOSÉ, C. R.

Imprenta Alsina

✻ ✻ 1912 ✻ ✻

EMMANUEL J. ...

THOMAS V. ...

...

...

...

LILAS Y RESEDAS

CUENTOS FRANCESES

traducidos por

Alejandro Alvarado Quirós

SUMARIO

<i>Frólogo</i>	EL TRADUCTOR ✓
<i>La inocente diplomacia de Helena</i>	JULES LEMAITRE ✓
<i>Megárida</i> (leyenda napolitana)	MATILDE SERAO ✓
<i>El Evangelio según San Perrault</i>	PAUL ARÉNE ✓
<i>Flirting-Club</i>	PAUL BOURGET ✓
<i>Flor de Mayo</i> (cuento chino)	PAUL D'ENJOY ✓
<i>Nuestras cartas</i>	GUY DE MAUPASSANT ✓
<i>El mendigo</i>	MARCEL PREVOST ✓
<i>Un padre</i>	MARCEL L'HEUREUX ✓
<i>Adiós</i>	GUY DE MAUPASSANT ✓

PRÓLOGO

PRÓLOGO

EL amable filósofo Maeterlinck habla en uno de sus libros de los esfuerzos que hace una planta condenada á la inmovilidad, fija en el lugar en que se hunden las raíces en la tierra, para alzarse hacia la luz y recibir en su follaje las caricias ardientes del sol, y el autor señala como resultado de ese ímprobo trabajo, la flor, la delicada flor que viene á coronar la planta, esmaltándola con sus frescos matices, la flor que nace de la noche á la mañana como una recompensa de los afanes que han preparado su gracioso advenimiento.

Entregados á nuestras modestas labores cotidianas, dominados por la exigente y monótona prosa de la vida y fijados de un modo permanente á la tierra que nos vió nacer, á la cual por deber y por honor consagraremos nuestros mejores alientos, tenemos sin embargo los obreros oscuros de la

Belleza un medio seguro para escapar de nuestro encierro y volar hacia regiones superiores: la lectura y la contemplación espiritual de las obras maestras, así sea la Divina Comedia que equivale á los grandes frescos de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, como los Cuentos de Alforíso Daudet que pueden compararse por su arte raro y exquisito á las cajitas ornadas de miniaturas que incógnitos orfebres labraban y pintaban en el siglo XVIII para satisfacer la vanidad y el gusto de los grandes señores de Versalles.

Y así como en la memoria de un aficionado á las letras y á las artes en la antigüedad debían grabarse los moldes de la belleza griega, así también para un hombre de nuestro tiempo, no es lícito que falten en su biblioteca los autores que fecundan la asombrosa producción intelectual de Francia.

Grecia, es verdad que la conocemos á través de las pálidas traducciones, que el polvo de los siglos ha cubierto sus monumentos y empañado su esplendor, que es preciso ir á la sala fría del Museo Británico ó á la desnuda y académica sala del Louvre á contemplar sus mármoles sin que puedan resaltar en el ambiente para que fueron con-

cebidos, sin que puedan admirarse más que fragmentos de sus estatuas antes bañadas por el sol brillante de Atenas, Grecia, no obstante, tiene prestigio inmortal para los hombres, que van en caravana, conducidos por el Apóstol Renán, á la sagrada colina de la Acrópolis donde resucitados á medias, vemos confundidos á Pallas Atenea y al viejo Homero, á los dioses alegres y encantadores, y á los poetas, filósofos, guerreros, artistas y gimnastas, criados á su imagen y semejanza, para constituir todavía la suprema aristocracia de la historia.

Francia heredó el cetro ó lo encontró entre las convulsiones del Renacimiento y no se lo ha dejado arrebatarse. Para no mencionar más que el siglo XIX, qué nación puede presentar una pléyade de poetas que pueda compararse con la trinidad del romanticismo—Hugo, Lamartine, Musset? Y si la poesía marcha á la vanguardia, las bellas artes tienen su representación egregia, y la ciencia con el báculo de Pasteur escaló una de las más altas cumbres de la cultura humana.

Sus teatros, sus paseos, sus academias, sus modas en los trajes y en las ideas, su efervescente literatura, sus torneos orato-

rios, sus costumbres suaves, el imperio de sus mujeres, todo recuerda que Francia es la Grecia antigua rejuvenecida, lo mismo en sus grandes triunfos y sus grandes caídas que el mundo aplaude y deplora, porque como exclaman sus pensadores, ella lleva la antorcha de la civilización latina y es la moderna Vestal de la Belleza.



Hace nueve años reunimos mi excelente amigo don Fabio Baudrit y yo unas cuantas versiones castellanas de cuentos franceses tomados de aquí y de allá y presentamos la colección al público, sin otra pretensión que la de una ofrenda á la imagen venerada de Francia, inspiradora de nuestro culto por las letras.

Yo soy pues un reincidente en esta inocente afición. No he preparado especialmente este folleto. He reunido tomándolos de revistas y periódicos dispersos, antiguos trabajos que tienen para mí el encanto del recuerdo, el perfume penetrante de los años de juventud y el privilegio de haber merecido por unos días, ya por una evocación, ya por una coincidencia, en el curso de mis

lecturas, mi instintiva y secreta preferencia.

Y como el nombre ha de vestir la cosa, quiero que digan aquellos que han pasado un invierno europeo, con su inevitable recogimiento, con su séquito de enfermedades y tristezas, sus días cortos y nublados y sus fríos que llegan al alma, cuando surge después la Primavera y el sol radiante convida á recorrer las calles y los parques de una gran capital como París, en que la vida es más intensa y se encuentran al salir del Luxemburgo, en una esquina, rebosando de sus canastillas los abundantes ramos de lilas, que vende por algunos céntimos una rubia y graciosa obrerita ambulante, que digan si aquellos ramos que van después á perfumar el cuarto del quinto piso, con su aroma primaveral, mientras se abren las ventanas de par en par para que se escapen los planes y los ensueños y para divisar un girón de ese cielo de acuarela que cubre siempre el mes de abril, si las lilas no traen á la mente el alegre bullir de la sangre, el frívolo aleteo y alguna silueta femenina que envuelta en manto de púrpura pasa como símbolo de la divina juventud.

La reseda en cambio vive como una joya entre las cajitas de sándalo, entre las sedas

ó entre las páginas de un álbum. No hay escritorio que no contenga allá en su gavetas íntimas algunas páginas amarillentas que antaño hicieron palpitar dos corazones y si al volver á leer aquellas líneas descoloridas, no se encuentra de pronto un manojito de resedas que exhala, traído á la claridad del día, su último perfumado aliento, con seguridad que la poesía no ha tenido tratos de intimidad con el dueño de la casa y que más vale cerrar el escritorio.

Pero viene á mi memoria aquel delicadísimo madrigal de Sully Prudhomme. Un vaso herido por una fina, casi imperceptible quebradura, á través de la cual huye gota á gota el agua, evaporándose entonces el fresco aroma que guardaba. Sobre el vaso se dobla y languidece la flor que muere.

Anticipo pues la crítica que debe hacerse á mis ensayos. Vertido por mis manos el líquido precioso y quebrado el sortilegio de la forma, no es extraño que, á pesar de mis cuidados, no se conserve nada ó casi nada del penetrante aroma de las flores.

No lo cree así el Editor de estos Epítomes, á quien rindo mis agradecimientos. Èstima él que los cuentos no son, aunque parezcan, sencillos pasatiempos, que esa

labor no es tan efímera como se piensa y que por otra parte, el cristal de nuestra lengua irisa con su rico prisma todo lo que en él coloque una mano cariñosa, con tal que vaya guiada por el sincero escrúpulo del arte.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

San José, 14 de Julio de 1912



LA INOCENTE DIPLOMACIA
DE HELENA

JULES LEMAITRE

POR encima de las puertas esceas, extendíase un gran parque, que era el paseo favorito de los troyanos y de sus mujeres. Una tarde Príamo, Timoteo, Lampos, Klytio, Antenoro, Hiketaón y Ukalegón, ancianos venerables, estaban sentados en uno de los bancos de aquellos jardines, conversando de las noticias de actualidad, cuando acertó á pasar Helena y entonces ellos dijeron discretamente para su grupo:

—No nos extraña que Aqueos y Troyanos se avengan á sufrir tantas calamidades por esa mujer, pues ella, por su belleza, es semejante á las diosas inmortales!

Probablemente los ancianos hablaban así, ya en la cercanía de la muerte, porque la contemplación de Helena era para ellos una de sus postrimeras alegrías; pero muy dis-

tinto fué el pensar de Andrómaca, la virtuosa princesa esposa de Héctor.

Cuando le refirieron las exclamaciones de los viejos contestó:—Bien puede faltar la sensatez cuando se tiene ya el pelo blanco, ¿acaso no es monstruoso que todo un pueblo soporte las iniquidades de la guerra y que millares de hombres se exterminen por culpa de una mujer sin pudor?

—Helena no carece de pudor, díjole Héctor, su comportamiento es perfecto. Muy á menudo le reprocha á Paris su acción criminal y quisiera sustraerse á su amor; ella se califica con los más duros términos y conceptúo que más bien es una triste víctima de la fatalidad.

—Qué fácil es decirlo, interrumpió Andrómaca. Así sucede siempre. Los hombres son indulgentes con las personas de conducta irregular, á condición de que sean bellas, y se quedan impávidos ante la virtud oscura de una esposa.

—Esta nos encanta y la cotizamos muy alto, pero me parece evidente que la hija del Cisne y de Leda no es perversa y que tiene tal imán que aplaca todo rencor.

—Para los hombres tal vez exista esa simpatía, terminó Andrómaca; á mí lo que

me inspira es horror, porque gracias á ella se desencadenó la desolación sobre mi pueblo.

Esas y otras reflexiones se cruzaban entre Andrómaca y su marido en una de las cincuenta cámaras nupciales, todas contiguas y construídas con piedra pulida, que servían de aposento á los hijos de Príamo y á sus legítimas mujeres.

Helena vivía en apartado pabellón. Allí habitaba con Paris y casi no salía sino de vez en cuando para ir á tomar el aire en el parque de las puertas esceas. Era sencilla, reservada, un poco tímida, se extrañaba de su singular aventura y con toda buena fe la atribuía á la voluntad de los dioses. La convicción que tenía de su belleza y del sortilegio que en ella residía le servía para no parar mientes en comentarios malévolos ó en palabras descorteses; pero, sin embargo, educada con severidad en Esparta, sufría al pensar en su falsa situación y casi sinceraba la hostilidad que le profesaban las damas de la buena sociedad aunque hubiera querido vencer tal animosidad á fuerza de modestia, de corrección y de dulzura.

Las señoras troyanas habían decidido ir en rogación al templo de Atenea para ofrendarle un velo bordado con primor y ponerlo en el regazo de la diosa, con tal de que se apiadara de la ciudad, y Helena ardía en deseos de tomar parte en esa ceremonia.

Desde su llegada con Paris adoptó la religión y, por consiguiente, la patria de su compañero y habíase convertido en una buena troyana. Quizás prefería á las costumbres de su antiguo país, la vida troyana, de un arte menos refinado, pero con más comodidades y más lujo que la antigua Lacedemonia.

Una tarde que paseaba por las cercanías de las puertas esceas se encontró con Andrómaca. Helena, intimidada, pasó respetuosamente frente á la esposa de Héctor y ésta, erguida la cabeza, apenas si le dirigió una mirada glacial. Helena regresó á su casa sin poder contener el llanto.

A pesar de la brevedad con que la observó, Andrómaca pudo fijarse en la armonía de toda su *toilette* y en un lindo y extraño bordado que adornaba su túnica; por la noche le dijo á Héctor:—Esa mujer será

quien es, pero que tiene gusto, hay que confesarlo.

Lo supo Helena y le envió á una de las camareras de la virtuosa princesa el modelo del bordado que ésta había admirado y algunos consejos acerca de la confección de los trajes, mantos y accesorios. Andrómaca dió licencia á sus modistas para que recogieran tales indicaciones y ejecutaran el bordado, y algunos días después apareció en el paseo ostentando este extraño adorno, mientras que Helena, en la misma tarde, se presentó con un traje de suma sencillez. Así, y por esta vez, aquélla vió sin malevolencia á la compañera de Paris.

Otro día Helena, en los jardines del rey, se encontró con el niño Astyanax en brazos de su nodriza y pidió amablemente á la mujer permiso para besar «al hijo del más bravo de los hombres y de la más digna de las damas.» El niño, viéndola tan bella, le sonrió y con un gorjeo de cariño pasó sus manecitas por la deliciosa cara de la espartana.

—Qué lástima, murmuró ella, que yo no pueda tener un lindo muchachito como

este; los dioses me han negado esta gracia, y al decirlo se le humedecieron los ojos.

—A su edad, muy bien puede esperarlo, contestó complaciente la nodriza.

—Ay no! volvió á decir Helena, mucho temo que los dioses hayan castigado mi seno con la esterilidad y de todos los indicios de su cólera, este es el que más me mortifica. La niñera refirió la escena á su señora en presencia de Héctor.—Hay que convenir, dijo Andrómaca, en que esa mujer guarda aún algunos buenos sentimientos.

—Yo creo, contestó el marido, que Helena nació para vivir tranquila, rodeada de su esposo y de sus hijos. Hay una contradicción visible entre su carácter y su destino. La desgracia fue que conociera á mi hermano Paris, el más peligroso y seductor de todos los hombres; pero Venus lo quiso así y no dudo que ella es también quien la mantiene estéril para conservar su belleza, de modo que en su gloria va su penitencia... Después de todo...

—Amigo mío, replicó Andrómaca, ten cuidado, la defiendes quizás demasiado y para ello te pierdes en divagaciones.

En otra ocasión, una sirvienta de Helena trajo para Astyanax un magnífico juguete, un carrito de plata del cual tiraban dos caballos de madera de cedro, con arneses de oro.

El niño, encantado, aplaudía de contento y la madre, á quien aquello contrariaba, pensaba devolver el regalo; pero Astyanax rompió á llorar y Héctor intervino así:—Con devolver el juguete se consigue afligir al muchachito y ofender sin razón á una mujer, que habrá cometido sus faltas, pero que te admira, te respeta y que honra á la virtud, ya que ella no la supo observar. Guardemos este objeto, eso no importa, ya que no debes temer que la amistad de Helena sea peligrosa para un niño de diez y ocho meses. Y añadió con tono más bajo: tampoco debes tener recelo por tu marido; ella no es coqueta y tú eres tan linda como Helena. De un tiempo para acá te sabes ataviar mucho mejor que antes, lo que me satisface mucho...

Andrómaca, lisonjeada por tales palabras, no explicó de qué modo se había perfeccionado en el arreglo de su *toilette*.

Cuando Paris, salvado por Venus de las manos de Menelao, entró confuso en su palacio, perseguido por las imprecaciones de su hermano, exclamó Helena, mientras deshacía con gracia su peinado:—Ah! yo soy una criatura infortunada! Por qué los dioses no quisieron que el día que mi madre me engendró un torbellino me arrastrara á la montaña ó me hubiera precipitado en el abismo de las olas, antes que mis tristes aventuras sucedieran! Ya que así lo ordenaba la divina voluntad, desearía por lo menos ser la mujer de un guerrero valeroso. Dichosa Andrómaca, esposa sin tacha del invencible Héctor! Reconozco por cierto que ella lo merece.

Al informarse Andrómaca de frases tan amables, conversando con Héctor le decía:—Esa pobre Helena tiene alguna excusa si se reflexiona con despacio: dicen que su marido es un simple... Sobre Paris ejercería admirable ascendiente si él tuviera corazón y además, no se vanagloria de su falta, pues respeta siempre lo que es respetable. Sería pueril por otra parte creer que sea ella la verdadera causa de la guerra; su rapto no fue más que un pretexto para los griegos, que habrían inventado cualquiera

otro. Helena tiene razón al hablar de la fatalidad, pues hay mucho de eso en su caso. Ella merece ser virtuosa.

EMMANUEL J. GARCÍA

Pasaron los días y ya se aproximaba la fecha designada para que llevaran las troyanas el velo sagrado al templo de Atenea.

Helena fué á visitar al rey Príamo, quien siempre se había distinguido con ella, para decirle:—Padre mío, yo quisiera asistir á esa ceremonia, no por cierto por vanidad, sino para demostrar que estoy de corazón con las mujeres de mi nueva patria, pues quiero que no me consideren como extranjera; por eso le suplico que me acompañe al templo en el momento en que las troyanas lleguen, para que yo pueda reunirme al cortejo.

—Querida hija, dijo Príamo, ejecutaré tus deseos, pero no temes que las esposas de los troyanos y, sobre todo, la orgullosa Andrómaca, te hagan alguna afrenta?

—Allá lo veremos, padre mío.

La procesión de mujeres se acercaba ya al pórtico del templo cuando se aproximaron Helena y Príamo. Tímida, con los ojos bajos, se deslizaba ella hacia las últimas filas, pero al divisarla Andrómaca fué

á su encuentro con las manos tendidas, diciéndole:

—Es mucha fineza vuestra, la de haber venido, señora!



MEGÁRIDA
LEYENDA NAPOLITANA

MATILDE SERAO

EN el punto donde el mar de Chiata-
monte es más agitado y llega á estre-
llar sus espumas blancas contra las negras
rocas, bastiones formidables del castillo del
Huevo; allá donde la mirada melancólica
del soñador contempla un paraje triste que
hiela el corazón, hubo antaño, en los remo-
tos tiempos, cien años antes por lo menos
del nacimiento del Redentor, una vasta isla
florida llamada Megárida ó Megara, lo que
significa grande en el dulce idioma griego.
Èse pedazo de tierra se había disgregado de
la playa Platamonia, pero no estaba lejana,
y como si el fenómeno primaveral hubiese
pasado de la colina á la isla arrastrado por las
olas, cuando en la bella estación se coro-

naban las montañas de rosas y jazmines, la isla también florecía en medio de las ondas saladas, y semejaba un ramillete gigantesco que la Naturaleza hacía surgir ó un altar elevado á Flora, la diosa perfumada.

Durante las noches del estío se oían músicas dulces vagar por encima de la isla y bajo los rayos de la luna; se diría que las ninfas del mar — sombras ligeras — se entregaban con delirio á sus danzas sagradas. Así, cuando el viajero paseaba por la orilla, por respeto á lo divino apartaba los ojos, y los novios enamorados que juntos se recreaban vagando por las playas, enviaban saludo á la isla divina, bajando la cabeza para no turbar la augusta danza.

Cierto, la isla con sus verdes macizos de arbustos, sus bosques profundos, sus frescas praderas y sus juncos que susurran, debía ser habitada por las Dryadas y Nereidas; de otro modo no sería tan risueña bajo el sol, ni tendría tal mágico encanto á la luz de la luna, ni su colorido, su calma y su perfume sempiternos. La isla era divina, puesto que las diosas la habitaban.

Lúculo, el guerrero vigoroso, amigo de los artistas, el primero entre los epicúreos, acostumbraba satisfacer todos sus capri-

chos, era partidario de tener *villas* rodeadas de agua por todos lados. Ya estaba hastiado de su espléndido palacio de Roma, de su casa de campo en Baia, de su finca de Túsclum y de su *villa* de Pompeya. Se le ocurrió edificar otra en Megárida y así lo hizo. Violó la mansión de las ninfas marinas para hacer su propia morada, y se apropió de los prados, de los bosquecillos de rosas, de las rocas que descienden en suave pendiente hacia el mar.

Las ninfas se lamentaron de haber perdido las grutas de coral tapizadas de algas verdes, y fueron á llevar su queja á Neptuno, que no las escuchó.

Empezó, pues, á construirse la espléndida *villa* y surgieron como por encanto jardines dignos de un emperador; había viveros repletos de anguilas con horribles cabezas de serpiente, pero de carne succulenta; y jaulas con pájaros raros que se destinaban á los estómagos más delicados; bajo el pórtico de la *villa* resonaban la cítara y la flauta en honor de Servilia, hermana de Catón, esposa de Lúculo y la más bella entre las damas romanas.

Hubo alegres bailes, magníficas iluminaciones y juegos y festines de los que sólo

Lúculo tenía el secreto. Y hubo también urnas llenas de perfume de nardo, copas de cristal de colores que contenían perlas disueltas en vinos generosos; togas de púrpura, peplos de lino, joyas maravillosas, coronas de rosas y eternos himnos á la Belleza y al Amor. Acudían á Megárida, enardecidos á la lumbre de los ojos de Servilia, los jóvenes tímidos que enmudecían en su presencia, y los mozos osados, de palabra talvez más audaz que la mirada, y los hombres ya maduros, ilusionados aún por el amor, y los viejos que suspiraban por su juventud perdida.

Servilia, joven, alegre, dichosa, sonreía al recibir este incienso de amor; sonreía siempre, seductora y cruel como una sirena.

Lúculo, filósofo amable, gozaba con los triunfos de su mujer. Para él las fiestas suntuosas que empezaban en la tarde y duraban hasta los primeros rayos de la aurora, los banquetes interminables en los cuales circulaba el néctar sin reposo, banquetes en que la imaginación del cocinero superaba la de los poetas, y para cuyo servicio se fundían en los hornos las riquezas de un rey. Lúculo se complacía en las conversa-

ciones de los literatos de su tiempo, y á menudo les donaba vasos de oro, animales raros, casas y jardines, para demostrarles la magnificencia de un simple particular.

Su esposa subía entonces sonriente la colina del placer, mientras que él descendía tranquilo hacia la paz de la vejez. Por simple diversión hizo construir canales, levantó palacios y encerró el mar á los lejos para agrandar los límites de su isla predilecta.

Servilia, en cambio, dejábase perfumar por sus esclavas, tomaba baños de leche de burra, portaba en sus delicadas orejas dos abultadas perlas que desgarraban su carne, vestía túnicas hechas con tejidos aéreos, se calzaba con sandalias de precios fabulosos y sentada frente á su espejo de acero, gastaba las horas contemplándose. Su vida era el triunfo de la juventud y la belleza. Las miradas ardientes de sus enamorados dábanle como una aureola de fuego, y ella, cual graciosa salamandra, marchaba en medio sin quemarse, envuelta en esa nube de adoración que le encantaba.

El mar gemía dulcemente en las riberas de Megárida, no osando violentarse, el sol la acariciaba con ternura, los céfiros ligeros hacían ondular sus campos floridos bajo la

luz tranquila de la luna, y al contemplarla resaltaba blanca como nieve ó como leche, impregnada en la infinita dulzura del ambiente. Servilia, acostada sobre un lecho de marfil, vestida con telas recamadas de oro, y abanicada suavemente por sus esclavas, se estremecía de placer aspirando la brisa marina y al ver, distraída, su tropa de bailarinas, murmuraba:—Oh, sí, yo soy una sirena! El viento, después de jugar con los cabellos de la joven, susurraba á su vez:—Ella es, ella es una sirena! Cuando Servilia alza una guirnalda de flores es bella como Flora: cuando sobre su cabeza brilla la media luna y á su flanco el carcaj de plata, es bella como Diana, y cuando sale del baño, sin adorno, suelta la cabellera, perfumada y envuelta en su túnica blanca, se deja enjugar por sus mujeres, ella es...

—Bella como Venus!, suspiró el esclavo enamorado.—Más bella que la misma Venus!, dijo Servilia poseída de su orgullo olímpico, y esto lo escucharon las océánides. Venus supo que Servilia la había ofendido, y Neptuno esta vez sí atendió la súplica de su amante.

Roed, roed, oh! pólipos suaves, grises, flojos, semejantes á los harapos; incrustad, moluscos y conchas, para minar hasta los cimientos; creced, algas glaucas, para que arranquéis con vuestras raíces porciones de la tierra; agujeread, animalillos del coral; golpead, golpead la roca, ola tenaz, para hacer un hueco cubierto de arenas ó de plantas, un hueco pérfido, negro y profundo; sondead, pequeñas y pacientes potencias de la muerte. Lloran las Nereidas, lloran las Sirenas. Venus está ofendida y Neptuno ciego de cólera.

Servilia reía y cantaba, mientras que Lúculo está en su *villa* de Túscllum. La vida es un dón cuando se posee el amor, la riqueza, el lujo, los placeres más finos, las satisfacciones más fantásticas. Ella es joven, fuerte, rica, alegre, adulada y la exaltan y la glorifican y la adoran hasta la última palpitación de la vida!

Entretanto el mar se agita sordamente, la tierra se estremece, horrible crugido se oye por doquiera, un grito tremendo sube al cielo, las ondas se alzan amenazantes, y Megárida, la isla feliz, desaparece en el abismo de las aguas y se hunden con ella el palacio, los jardines, los viveros, la be-

lleza, el orgullo y, talvez, el primer suspiro de amor de Servilia!

.
Bebamos por los dioses infernales!, dijo tranquilamente Lúculo en su *villa* de Tús-cullum, al saber el funesto acontecimiento, mientras esparcía por el suelo algunas gotas de vino generoso.



EL EVANGELIO
SEGÚN SAN PERRAULT

PAUL ARENE

U entonces, continuó Simoncita, después de sacudir de derecha á izquierda con gesto de impaciencia, la cabecita rubia llena de ideas, entonces... pero ya se me olvidó en qué punto estábamos.

—Pues quedamos en el lugar más lindo, cuando los tres Marqueses de Caravaca vienen montados sobre camellos, á visitar al niño en el pesebre.

—Eso es, los tres marqueses de Caravaca, pero ahora tengo que principiar de nuevo.

—Como quieras, Simoncita, vuelve á empezar.

Mientras que el papá jugaba su partida con el señor Cura, mientras que la mamá leía, y la nodriza dormitaba contemplando

el fuego, para el gato y para mí, sobre todo para el gato que hacía un instante dejó su sitio predilecto cerca de la ceniza y se sentó debajo de la mesa aprobándolo todo con su ron-ron, para ese auditorio de alma ingenua, el gato y yo, Simona, que va á cumplir cuatro años cuando florezcan las lilas, reanudó la curiosa historieta en la cual se mezclan al capricho de su imaginación infantil el Evangelio y Mamá la Oca, los cuentos azules de la nodriza y las explicaciones del buen cura.

—El niño Jesús tenía, pues, mucho frío, acostado en la canoa sobre la paja y quizás habría muerto sin el vaho del buey y de la mula. Qué desvalido estaba el niño! Mas ocurrió que un día se escucharon en el aire ruidos de trompetas y de músicas, eran los tres marqueses de Caravaca que llegaban conducidos por una estrella. Los marqueses siempre son muy ricos y le dieron al niño un tarro de mantequilla, una torta, toda clase de tesoros preciosos y también una linda caperucita roja, para preservarlo del sol en el verano. El niño Jesús dijo entonces:—«Cuando sea grande distribuiré mis bienes á todo el mundo, para que no existan en la tierra niños ni ancia-

nos que tengan frío como el que yo he padecido».

Pero el señor de aquellos lugares, un ogro llamado Barba-Azul, celoso del pequeño Jesús, envió por todos lados á unos hombres perversos que lo buscaban para degollarlo. Entonces José y María montaron al Niño en el asno y se lo llevaron lejos, muy lejos, á las montañas del Egipto y sucedió...

Qué ocurrió?

Aquí la niña Simona vacila; en sus ojos medio cerrados, en sus cejas fruncidas demuestra el violento trabajo interior que realiza su cerebro, pero al cabo de unos cuantos segundos de esfuerzo le sonrío al gato, y ya tranquilizada reanuda el hilo de su historia.

—María y José dejaron á la abuelita en la aldea porque le era muy penoso caminar por su vejez. El Niño Jesús se detuvo cerca de un riachuelo y se llenó los bolsillos de guijarros blancos que fue sembrando á lo largo del camino figurándose que de este modo lo reconocería para regresar á ver y á besar á su abuelita.

Un día mientras que sus padres dormían y el asno meditaba amarrado á un árbol, el

pequeño Jesús colocó en un báculo el tarro de mantequilla y la torta, se puso su caperucita roja y partió.

Después de mucho caminar llegó al bosque y encontró al compadre lobo, un lobo negro con botas, que le servían para correr y gracias á las cuales hacía siete leguas en cada paso.

—Niño Jesús, para dónde vas con esa caperucita encarnada?

—Voy á llevar á mi abuela este tarro de mantequilla y esta torta y sigo por el bosque, pues por el camino rondan los hombres perversos enviados por el ogro para matarme.

El lobo tuvo intención de comerse al niño, pero no se atrevió al ver á un leñador que por allí pasaba armado con una hacha, y entonces le preguntó:—La abuela vive muy lejos?—Oh! sí señor, más allá de aquel molino que se divisa á lo lejos, en la primera casa de la aldea.

Dicho esto, el lobo echó á correr con las botas de siete leguas y Jesús se quedó solo, muy contento de que se hubiera marchado.

El niño tenía hambre y cogió fresas en los matorrales y ciruelas silvestres de las cercas, pues no quería tocar la torta ni la mantequilla de la abuela.

Era muy divertido marchar por aquel bosque, tan hermoso como el fondo de un parque, por todas partes gorjeaban los pájaros y se encontraban flores, mariposas, lagartijas bordadas de perlas que removían las hojas secas. Jesús corrió en pos de las mariposas, hizo ramilletes con las flores, y hasta trató de acariciar las lagartijas, pero huían al instante. Después vió pasar al Príncipe encantador vestido con un frac color de sol y á Piel de Asno con su traje color de luna, encontró algunas hadas que formaban haces de ramas muertas y jugó mucho, mucho tiempo con los siete hijos perdidos del leñador y su mujer. Entonces, el Niño Jesús, digo... el Pulgarcito...

—Vamos Simoncita, que te confundes.

—No, yo no me enredo, replicó la niña, recuerdo que Jesús de tanto jugar en el bosque se olvidó de la abuela; cuando pensó en ella ya era de noche y todo estaba oscuro en las vecindades del molino y del puente de la esclusa.

Por mucha prisa que llevara el Niño Jesús, ya el lobo que había corrido con más velocidad, había llegado á la casa y estaba acostado en la cama de la abuela.

—Toc, toc. Quién es? Yo soy, el Niño

Jesús á quien unos hombres perversos quisieron degollar y que os trae del Egipto, de parte de los tres marqueses de Caravaca una torta y un tarro de mantequilla...

—Tira la clavijita y abrirás el picaporte. Simona no terminó. Como le ocurre á los niños que hacen trabajar demasiado la imaginación se fue poco á poco adormeciendo mientras escuchaba su propio relato. Volvió á hablar ya con los ojos cerrados, y entre dormida y despierta: «Tira la clavijita y levantarás el picaporte». Ya no decía sino fragmentos de frases cortadas por largos silencios: «pon la torta en la alacena y vente á acostar conmigo». El pequeño Jesús se desvistió. Abuela, pero qué grandes tienes los ojos; es para verte mejor hijo mío: abuela, pero qué largos tienes los dientes; es para poder comerte. Y entonces, entonces el lobo se lanzó sobre Jesús.

—Qué está charlando esa chiquilla? exclamó el cura que acababa de salir perdidoso en el juego, pues no trata de confundir la historia del Salvador y la de la Caperucita encarnada!

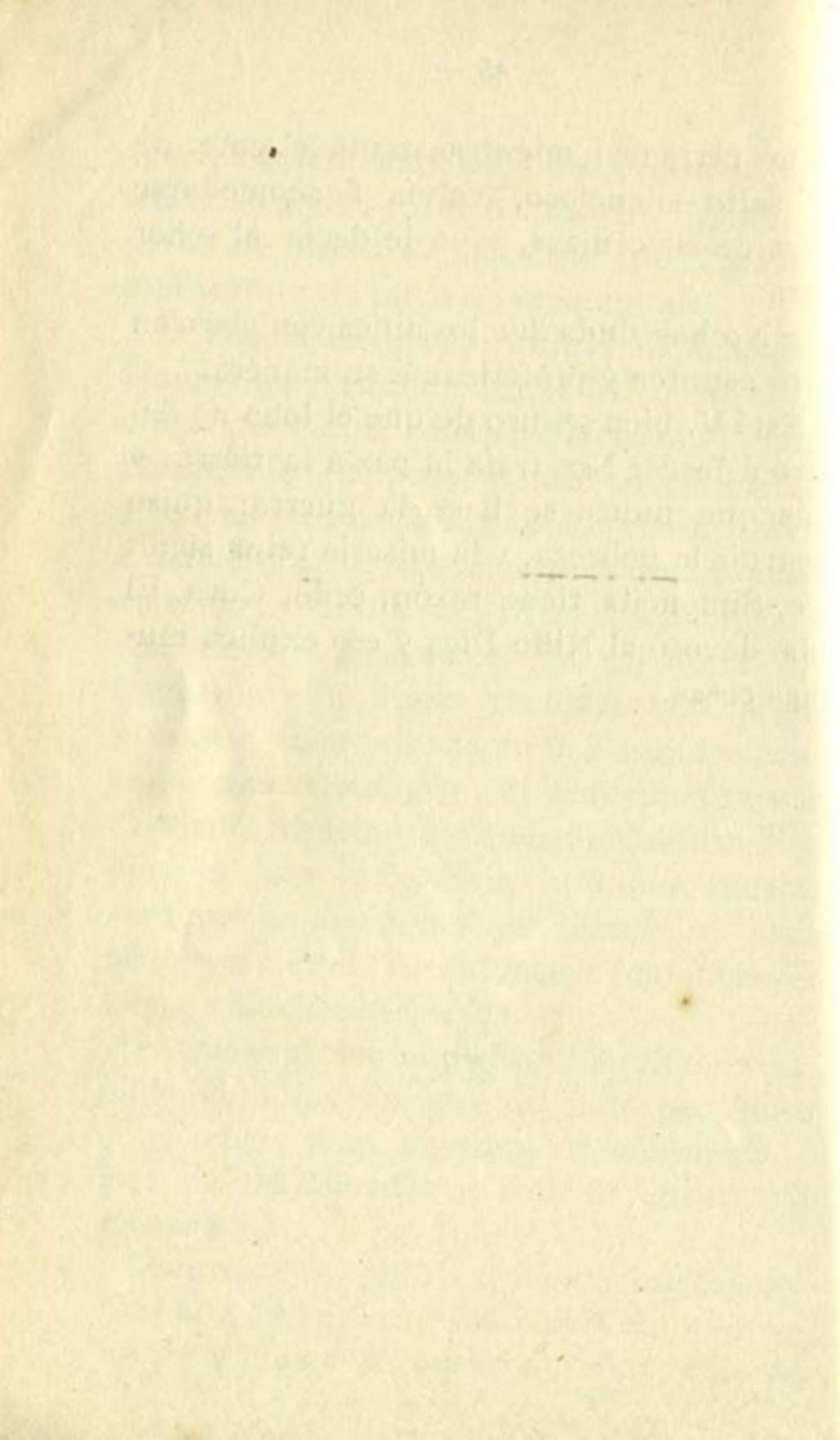
«Entonces, repitió valerosamente Simoncita, el lobo se lanzó sobre el Niño y lo devoró», y luego se quedó dormida, con los

puños cerrados; mientras tanto el gato, de un salto silencioso, volvía á acomodarse cerca de las cenizas, y yo le decía al señor Cura:

—No hay duda que los niños ven claro en estos asuntos y profetizan á su manera.

Está V. bien seguro de que el lobo no devoró á Jesús? Nos traía la paz á la tierra, y más que nunca se hace la guerra; quiso destruir la pobreza, y la miseria reina siempre. Simoncita tiene razón, señor Cura. El lobo devoró al Niño Dios y eso explica muchas cosas...





FLIRTING-CLUB

PAUL BOURGET

EMMANUEL J. GARCÍA

SIR James Ennis nos introdujo en un salón que por el decorado exquisito nos pareció digno de ser el asilo preferente de un personaje tan refinado como aquel distinguido compañero. En el cielo, pintado de claro, algunas aves exóticas abrían las alas multicoloras, los divanes estaban forrados de sedas japonesas y de los globos matizados de rosado tenue, de verde tierno y de azul celeste, descendía una luz hechicera, tan suavemente voluptuosa en su media tinta, que parecía acariciar los ojos, deliciosa claridad calculada para el espectáculo incomparable que ofrecía el club, tan cercano á Picadilly y con todo, más misterioso que si hubiese estado en la región perdida

de Lands'end, el Cabo Finisterre de los ingleses.

Al entrar en el salón vimos unos quince caballeros de frac y flor en la solapa, conversando acá y allá con damas en traje de fiesta, hermosísimas, de las que llaman la atención en las calles y que allí parecían más bellas por la competencia. Era una especie de serrallo reunido por gentes refinadas en amores, al que servía de marco la decoración preciosa de sedas y filigranas de oro. Aquí una mujer sonreía con el candor inglés en la risa y en la mirada, fresca como el agua, allá una hebrea con perfil de Judith fumaba un cigarrillo con la punta de los labios aterciopelados y á cada minuto fruncía las tupidas cejas sobre los ojos intensamente negros. Morenas y rubias apoyaban los brazos desnudos en los almohadones, riendo y charlando con los hombres, mientras que en el cuarto vecino risas sonoras, mezcladas al ruido apagado de la vajilla, daban á entender que otros estaban cenando. Un joven se sentó al piano y tocó con aspereza, si bien con entusiasmo una melodía del «Mefistófeles» de Boito. En el ambiente de aquel salón flotaba un aroma vago de *white-rose*, de *chypre* y de otros perfumes enervantes

que contribuían al misterio, á la impresión singular de la reunión, intermedia entre la alta sociedad y las casas de placer. Por un lado la belleza de las mujeres, escogida con arte para una concupiscencia reflexiva, evocaba la idea del serrallo; por otro las actitudes correctas de los hombres y la misma reserva en los gestos de las mujeres, así como la perfección sin tacha del *confort*, excluían la idea de la orgía y del mal tono. Estábamos, pues, en el *Flirting-club* que nos había descrito Sir James el día anterior.

«Todavía no ha llegado mi nueva amiga» —dijo él viniendo hacia nosotros después de haberlo recorrido todo,—delgado, esbelto, con el frac muy ceñido, que por los amplios faldones le daba la apariencia de un insecto de alas negras. «Ya ven que esta noche hay lleno casi completo, dijo invitándonos á tomar asiento: somos dieciocho, más ustedes dos, convidados, á quienes suplico guardar la reserva prometida. Cada socio por su parte puede traer dos amigos por semana, y á eso se reduce el concurso masculino. En cambio el número de las damas es ilimitado. Pero son tan estrictas las reglas de admisión, que podemos contarnos dichosos con haber encontrado las diez que están aquí ahora.

»Sí, muy rígidas!» repitió al ver dibujarse una sonrisa en nuestros semblantes. «Ustedes comprenderán desde luego»,—y para decir esto adoptó la actitud británica más respetable,—«que no les he invitado á una casa de mala reputación. Este pequeño club merece su nombre de pila á las mil maravillas: es un *flirting-club* y nada más. Cada uno de los caballeros debe aceptar como condición precisa la de no ser nunca el amante de ninguna de las señoras recibidas en estos salones. Asimismo ellas se obligan á no aceptar el amor de ninguno de los socios del club. Al salir de esta casa las personas olvidan los nombres y sus relaciones recíprocas. Si acaso se comete alguna infracción, queda en silencio como si se tratara de un adulterio. Cada mujer, por lo demás, tiene que sufrir un examen de belleza, y les doy mi palabra de que somos verdaderamente rigurosos...

»Ahora, si me preguntan el por qué de unos estatutos tan raros, se admirarán de que la razón sea en extremo grave y en cierto modo filosófica. Hace cosa de unos dos años, conversábamos en cierta ocasión siete ú ocho viejos amigos en el fumadero de un club muy austero, acerca del suicidio

reciente de uno de nuestros más queridos camaradas, y todos estuvimos de acuerdo en que nuestro fastidio corría parejas con el suyo, lo cual nos conduciría al cabo á aborrecer del mismo modo la existencia. Y sin embargo no teníamos que lamentar la deshonra, ni la ruina, ni la enfermedad, sino que al contrario, nos sonreía la fortuna, iguales distracciones, idénticos amoríos que antaño; pero algo había muerto en nosotros, y si bien la charla se mantuvo allí á la altura de un agradable pasatiempo, como era natural, es lo cierto que la mirada de algún observador habría adivinado la falsedad de nuestra alegría. En esto, un antiguo discípulo laureado de la Universidad de Oxford, filólogo erótico á quien debemos una edición erudita de los fragmentos de Miranermes, explicó la causa del fastidio que nos devoraba, citando en su apoyo la autoridad de los antiguos, que profesaron la ciencia completa de la voluptuosidad: «Habéis destruido en vosotros el deseo, nos decía, y toda la dicha reside en él». En obsequio de la brevedad suprimo el desarrollo de su tesis. Viéndonos convencidos por su evidente demostración, el epicúreo expuso, con detalles, el proyecto, largo tiempo acariciado

en su mente, de abrir un centro de citas clandestinas en que se observaría la misma regla que en los museos, de mirar y no tocar.

»Se trataba nada menos que de aprender un arte, el de iniciarse en esta especie de *dilettantismo*: la voluptuosidad interrumpida. Para lograr esta delicadeza de nervios y de espíritu, era preciso, según decía, ser mayor de treinta años y menor de cincuenta. Antes de aquella edad se desea demasiado, y después de la otra, se echa de menos demasiado. El programa exigía pues, una reunión de hombres de mundo un poco gastados á fuerza de refinamiento y bastante intelectuales para que prefirieran el perfume del licor al licor mismo: en una palabra, verdaderos romanos de la decadencia. Con estas condiciones se fundó, pues, el *Flirting-Club*.

»Pero lo más extraño del caso» continuó Sir James, saboreando el placer maligno de producir asombro, «fue que á consecuencia de una indiscreción se divulgó la idea, asegurándose á la vez que teníamos á punto de honor el mantener nuestra palabra; las mujeres fueron picadas, como de tarántula, por un deseo delirante de ingresar al

club. Nos llegaron cartas de todas las clases sociales; primero, de mujeres de vida disipada, después de artistas, luego de toda la legión de divorciadas y viudas, así es que hacíamos pasar examen de belleza con una imparcialidad muy rigurosa, como que exigíamos además de la hermosura natural, el lujo de la *toilette*. En nuestro concepto una mujer no es realmente bella si á los dones de la naturaleza no reúne los encantos del artificio y si se quiere, el complicado bizantinismo de las telas. En fin, nuestro triunfo fué completo, cuando se presentó á nuestra casa una verdadera y auténtica señora de la aristocracia, la que va á ser recibida esta noche.

»Ella ha sido citada hasta aquí como dechado de amor conyugal, por las bocas pudibundas de los salones puritanos. Está casada con un barón paralítico que no se mueve hará cosa de seis años, á quien cuida con el esmero de una hermana de caridad y con sus propias manos blancas le da de comer y viste á ese muerto-vivo. De la noche á la mañana presentó su candidatura al club sin muchas explicaciones, pretextando que le agradan los estatutos, que no sabe dónde pasar las veladas, y que como des-

pués de todo una joven no puede sustraerse á lo que se ha convenido en llamar la corte, más valía aceptarla desde luego, sin segunda intención... pero calle! creo que es ella la que entra en este instante».

En efecto, en el salón de las sedas japonesas apareció una mujer de unos treinta años, de traje muy ceñido, que dejaba adivinar el busto de una niña, si bien más opulento por la plena madurez. Vestía de blanco, era rubia y de ojos azules, que el exceso de luz hacían palidecer. El corpiño, mucho más escotado por detrás que sobre el pecho, descubría la línea tentadora de los hombros, dibujando apenas el nacimiento del cuello... «James,—dijo, después de la presentación y cuando nos sentábamos á la mesa,—le advierto que traigo gran apetito y que estoy muy alegre».

—Por lo visto, Sir Archibald está mejor? —preguntó nuestro amigo.

—Justamente! —respondió la dama: —cuando sufre como en los últimos días, no tengo voluntad para coquetear...

Al decir esta frase, estábamos nosotros saboreando las ostras, esas pequeñas ostras inglesas que parecen las de Ostende dentro de un baño de leche. Los tapices que deco-

raban el comedor eran de ese color mate que solo da el tiempo. Dichas esas palabras, con que la joven dejó ver la dentadura espléndida que atesoraba su boca, levantó la copa en que hervía el champaña seco y la vació á sorbos lentos

A estas horas no sabemos todavía si todo aquello fue broma de James, y si esa noche cenamos en compañía de una gran dama increíblemente perversa ó bien con una mujerzuela admirablemente refinada y aristocrática.



FLOR DE MAYO

CUENTO CHINO

PAUL D'ENJOY

Si quieres aquilatar el oro somételo á la piedra de toque, si deseas experimentar la fuerza de un búfalo hazlo canalizar un arrozal, si quieres apreciar á un hombre déjalo hablar, si tienes fe en la palabra de la mujer estás perdido, desdichado de ti!

Los relatos femeninos son como engañosas melodías. Deja que los acentos del amor acaricien los sentidos así como el arco roza las cuerdas del violín ó como los céfiros susurran en las frondas, pero debes cerrarles con un sello de laca, los oídos de tu razón.

Virgen, esposa y madre, la mujer es un tizón consumido por la envidia.

Por qué Ky Dong infortunado no preservaste tu fe de las quemantes picaduras

de los celos? Por qué no se cubrió tu cuerpo con el liso tejido de la confianza?

La duda destruye la felicidad como los tifones arrasan las gavillas del arrozal.

El esposo de Flor de Mayo había vivido antes entregado al placer, á las caricias y á los besos. Estaba tan enamorado que sus labios no podían desprenderse de los de su bien amada y era tan feliz que no se daba cuenta de su dicha.

Tenía su nido escondido entre palmeras y baobabs cerca del estanque azulado bordado de iris en la ciudad lacustre de Muoc-Kinh y su dicha era tranquila como el agua lustral de las pagodas.

Flor de Mayo, la gentil esposa, botón apenas rosado de loto, no había visto aun quince veces cubrirse de sus niveas flores á las palmeras. Frágil como una porcelana de Cay-May, flexible como una rama de bambú, fogosa como una cabra del Tibet, poseía además las cuatro virtudes conyugales que los ritos enumeran: docilidad, modestia, discreción en la palabra, amor del hogar.

Arrodajada sobre una estera de Hai-Nain amenudo se complacía cantando con voz lenta y quejumbrosa melodías antiguas de

cinco notas; para ello se acompañaba con la viola de piel de boa y tocaba los hilos de alambre con sus uñas aguzadas y recamadas de oro: Cam-si-san-su-ho.

No concluía nunca su canción en que palpitaban las emociones de ternura, el despertar del corazón, la ansiedad de la espera, la embriaguez de los sentidos, los inextinguibles ardores del amor.

Y el sol que desde la aurora la había sorprendido en sus graciosos ensayos de música, se ocultaba en la tarde detrás de las superpuestas torres de porcelana, dejando á la incansable é indolente cantadora entregada á sus endechas.

Ky-Dong vivía transportado á esta vida de ensueño. Nunca durante la noche abandonaba á su compañera sino después de haberla mecido en la hamaca de Chun San y de abanicarla largo rato para dormirla. En el día, escondido detrás de una cortina de perlas, fijaba en ella con adoración sus ojos con la inmovilidad de un lagarto que bebe los rayos del sol primaveral.

Pero entretanto en el patio interior de aquel hogar—todo verano tiene sus tormentas—se escuchaba á la madre de Ky-Dong—que vuestra alma, madre, sea complacida—

en continuo regaño contra los servidores ó contra la pereza de las camareras, turbando la quietud de aquella casa con el rumor de alboroto que siempre producen las querellas de las gentes ó el choque de los muebles.

—Oh! desdichada esponja de la China, exclamaba ella, cómo te empapas en el veneno! Se diría que un sortilegio pesa sobre los mandarines para que conscientemente entreguen á nuestras cien familias á la desmoralización de los bárbaros de Occidente. Según los ritos nuevos se concede facultad á la esposa para hacer arrodillarse al marido á sus pies. Muy pronto las trenzas caerán abatidas frente á los moños y del mismo modo que sus hermanas de los países malditos en que los besos semejan mordiscos, nuestras niñas llegarán á pasear solas por las plazas públicas. Ved á Ky-Dong prosternado ante Flor de Mayo. Esa mujer que yo le conseguí para que fuera su sirvienta ha logrado cautivar su razón, ha embargado y destruido su voluntad. Ya no quiere el infeliz practicar la bigamia. La moral ha muerto en él.

Oh! hijo mío, apóyate en mi ancianidad. Desdeña esa coqueta que aniquila tus fuerzas, no recibas sus caricias que penetran

en tu carne como filtros envenenados. Por ella has abdicado de tu puesto de jefe de familia, humillándote por tu sierva. Acaso fuiste tú el que fue vendido en matrimonio? Si amabas á esa joven debiste haberla tomado como mujer de segunda categoría y no haber ceñido su frente con el velo rojo de la esposa. Para las predilectas del amor la ternura, para la mujer del hogar el trabajo.

—Pero madre, respondía con timidez Ky-Dong—que vuestro nombre sea venerado—si Flor de Mayo nunca sale de su casa, y si deseas ella ejecutará todo el oficio del hogar.

—Tanto valdría, como confiarle unos polluelos á un pavo.

—Que vuestra dicha sea eterna madre mía! Y ella se alejó murmurando temerosa de que le escrutaran el semblante.

La lengua de la mujer, ay! es como su espada y jamás la deja enmohecer.

—No has observado, dijo un día á Ky-Dong su madre,—que tu nombre sea bendito!—la singular palidez de Flor de Mayo? Se diría que su carne está amasada con pétalos de nenúfar.

—Artificio de tocador.

—Sus mejillas se han enflaquecido.

—Son los valles de los besos.

—Sus facciones se estiran.

—Surcos del cariño.

—Sus ojos tienen ojeras profundas.

—Estuches de voluptuosidad.

—Y su talle está más ancho.

—Misterio del amor!

—Qué te dicen esos síntomas, exclamó por fin la madre?

—Sed bondadosa siempre, madre mía— que la flor se entreabre, agregó sonriendo Ky-Dong: Flor de Mayo es una artista consumada y va á perpetuar nuestra familia.

—Pobre hijo, repuso la madre—que tu vida sea tranquila madre mía!—qué velo cubre tus ojos? No observas que sobre el altar de tus antepasados los cilindros sagrados no proyectan ya sus espirales de humo.

—El incienso suplirá.

—Flor de Mayo descuida el altar doméstico. No has visto que ha dejado de peinarse con las cintas de plata recamadas de nácar que le pusiste en la cabeza el día de la boda y que ahora recoge sus cabellos al rededor de una orquilla de carey como hacen las viudas en busca de marido?

—Para interpretar de ese modo un capricho—sed siempre justiciera madre mía—

sería necesario que el esposo estuviera sepultado.

—Siempre que una mujer baja los ojos busca la admiración. Simular la viudez es estimular al amante.

—Pero si Flor de Mayo no abandona nunca sus habitaciones.

—Es cierto esto último, te lo concedo, pero de día y de noche en el balconcillo tapizado de orquídeas, el té perfumado de jazmines esparce sus tibias emanaciones. Los pétalos de flor azucarados, los pastelitos de arroz coloreados, las tajadas de sandía heladas, los granos tostados de loto llenan las cajas de laca que trajiste del Ton-King.

—Son golosinas.

—Pero el marido no está invitado á esas deliciosas meriendas y sin embargo la esposa no debe comer sola.

—Qué queréis decir?

—Que á menudo en las mañanas encuentro sobre las mesas de metal restos de tabaco humeante en las pipas de cobre.

—Pero en fin, dijo Ky-Dong—á quien las sospechas hacían vacilar como á un culí mercenario, ebrio de vino de arroz—estás convencida de ello? Porque la duda, tú lo

sabes, es como una anguila que se resbala fácilmente entre las manos, sería necesario mostrar pruebas.

—Pruebas! repitió la madre—que vuestra vida sea dilatada, madre mía!—y permaneció un instante pensativa, vacilando con los párpados medio cerrados como se hace cuando se quiere disimular el pensamiento.

—Oh! dijo Ky-Dong, si tuviera certeza de que la flor se entrega al abejorro.

—Qué harías, hijo mío?

—Arrancaría sin piedad de nuestro árbol de familia la rama envenenada que ingertó en él mi matrimonio.

—Me lo juras?

—Por los manes de mi padre—exclamó él.

—Pues bien, esta noche como á la madrugada vete bajo las orquídeas y se abrirán tus ojos.

—Maldición!—gritó enloquecido el esposo y huyó á través de la ciudad.

La palabra es como la flecha, ni ésta vuelve al arco después de lanzada, ni aquella una vez pronunciada puede recogerse. Se ha consumado lo irreparable. La noche llegó y no trajo el reposo al alma inquieta de Ky-Dong, porque las palabras tienen imperio sobre nosotros.

Envuelto en un mantón de esparto que compró en un mercado vecino, cubierta la cabeza por un turbante de lana ordinaria y con los pies descalzos escaló como un malhechor los muros de sus jardines.

Alrededor del estanque azulado, bordado de iris, los insectos enamorados hacían zumbiar la hierba estremecida. La ciudad de Muoc Kinh dormitaba y en las calles desiertas sólo se oía el rumor que hacen los forasteros en los restaurantes nocturnos.

La luna—esfera luminosa que rueda sobre la alfombra del cielo—apareció un instante entre las nubes. Fue alguno de sus rayos de plata ó la hoja del puñal lo que brilló de pronto? Nadie lo supo excepto el marido que se esconde entre el follaje y el astro de la noche que bruscamente desaparece.

Enardecido por la vuelta de las tinieblas Ky-Dong escaló el balcón tapizado de orquídeas. Llevaba la frente cubierta por el rocío del sudor, el cuerpo en un temblor y para no caer se agarraba de las ramas mientras por el castañeteo de los dientes y la palpitación de las sienes se adivinaban los estremecimientos de la fiebre.

Ay! Flor de Mayo no dormía. Su lámpa-

ra de aceite de palma brillaba aún; en el silencio se escuchaba el runrún de la charla entrecortada por risas contenidas.

—Si mi madre está en lo cierto? Que te proteja el destino, madre mía! Si la flor se entrega al abejorro? Oh!, la horrible angustia, la tortura abominable, mil veces más atroz que el último suplicio. Un paso más y Ky-Dong va á averiguarlo.

Ya lo sabe. Flor de Mayo extendida sobre una estera está con un desconocido oculto por la sombra de las palmeras. Hablan en voz baja y en sus labios al hablar asoma una sonrisa cariñosa. Sus palabras deben ser dulces...

Al ver tal escena Ky-Dong salta enfurecido como un tigre por entre las pilas de porcelana. Se embaraza en las enredaderas y cae pesadamente asustando á las cotorras de la pajarera vecina que gritan desafortunadamente.

Flor de Mayo aterrorizada da un grito estridente mientras que su compañero se desliza con presteza bajo las esteras y trata de escaparse, pero Ky-Dong lo sujeta del vestido, hunde con violencia su diestra en los pliegues de su manto y luego esa mano armada de un puñal reaparece ensangrentada.

El desconocido cae de espaldas.

Entonces al resplandor vacilante de la lámpara Ky-Dong reconoce la persona que acaba de matar.

A menudo como lo han dicho los ancianos, la lengua corta la cabeza. Ky-Dong había asesinado á su madre. ¡Que Buda te perdone madre mía!

En la actualidad Ky-Dong reza por ella todos los días, en una pagoda y Flor de Mayo pasea sin cesar alrededor del estanque azulado, bordado de iris, mientras canta con una voz lenta y quejumbrosa las melodías antiguas compuestas con cinco notas: Can, se, san, su, ho!

Ky-Dong es bonzo y Flor de Mayo loca.



NUESTRAS CARTAS

GUY DE MAUPASSANT

OCHO horas pasadas en el tren les producen sueño á unos y á otros insomnio. A mí me sucede que todo viaje me impide dormir á la siguiente noche.

Serían las cinco de la tarde cuando llegué á la casa de mis amigos Muret d'Artus á pasar tres semanas en su finca de Abelle. Tienen una linda casa, construida á fines del siglo XVIII por uno de sus abuelos, casa que ha quedado en la familia. Esa morada tiene el carácter íntimo de las que han sido siempre habitadas, amuebladas y animadas por unas mismas gentes. Allí nada ha cambiado, nada se ha evaporado del alma del hogar que nunca fue desamueblado y los tapices, siempre sobre los mismos muros, se han usado y descolorido allí. Nada se

pierde de los muebles antiguos que sólo fueron desacomodados de tiempo en tiempo para dar paso á uno nuevo que llega como un recién nacido en medio de hermanos y hermanas. La casa, situada sobre una colinita, está rodeada de un parque en declive que va hasta un riachuelo sobre el cual hay colocado un puente de piedra. Detrás del riachuelo se extienden los prados. Allí se ven caminar con paso lento grandes vacas nutridas con yerba mojada, y sus ojos húmedos parecen llenos del rocío, de la bruma y de la frescura de los pastos. Me encanta esta finca como todo lo que se desea poseer ardientemente, voy á ella todos los años en otoño, con placer infinito, y me vuelvo con tristeza.

Después de la comida que hice con la familia en gran tranquilidad y con la confianza de un pariente, pues así me recibían, pregunté á Pablo Muret, mi camarada, : —Qué cuarto me has dado este año?—El de «tía Rosa».

Una hora más tarde, la señora Muret d'Artus seguida de sus tres hijos: dos jovencitas y un chicuelo, me condujo al cuarto de «tía Rosa» en donde nunca había dormido.

Así que me dejaron solo examiné las

paredes, los muebles y la fisonomía del cuarto para instalar allí mi espíritu. No me era del todo desconocido por haber entrado varias veces y haber dado una ojeada indiferente al retrato al pastel de la «tía Rosa» que daba nombre á la pieza.

No me preocupé en absoluto de esa vieja «tía Rosa» rizada y borrosa que estaba detrás del vidrio. Tenía aire de ser una buena mujer de antaño, mujer de principios y de preceptos, igualmente versada en las máximas de moral como en recetas de cocina, una de esas tías viejas que ahuyentan la alegría y que son el ángel arrugado y tristón de las familias de provincia.

Nada, por otra parte, había oído contar de ella, nada sabía ni de su vida ni de su muerte. Vivió en este siglo ó en el anterior? Había dejado la tierra después de una existencia trivial ó agitada? Su alma al volver al cielo era una alma pura de solterona, una alma tranquila de esposa, una alma tierna de madre ó un alma conmovida por el amor? Qué me importaba! Su solo nombre de «tía Rosa» me parecía ridículo, común y feo.

Tomé una bujía para mirar su semblante severo que aparecía entre un antiguo marco

de madera dorada colgado en alto; y habiéndolo hallado insignificante, desagradable, casi antipático, me puse á examinar los muebles. Eran en su totalidad del tiempo de fines de Luis XVI, de la Revolución y del Directorio.

Desde esa época, ni una silla, ni una cortina, nada había penetrado en ese cuarto. Se sentía en él el olor del recuerdo, ese perfume sutil desprendido de las maderas, de las telas, de los sillones, de las tapicerías de ciertas moradas en que los corazones han vivido, amado y sufrido.

Luego me acosté pero no pude dormir, y al cabo de una ó dos horas de fatiga decidí levantarme á escribir cartas.

Con ese objeto abrí un pequeño escritorio de caoba con maniguetas de cobre, colocado entre dos ventanas, esperando hallar papel y tinta, pero sólo descubrí un lapicero muy usado, hecho de una púa de puerco-espín, y muy mordido en la punta. Iba á cerrar el mueble cuando mis ojos se fijaron en un punto brillante, una especie de punzón amarillo que hacía un relieve redondo en el ángulo de una tablilla.

Habiéndolo rascado con el dedo me pareció que se movía. Lo tomé entre dos uñas

y tirando con fuerza, salió lentamente un largo alfiler de oro, acostado y escondido en el hueco de la madera.

Para qué serviría eso? Pensé en el acto que con el alfiler se haría mover un resorte que escondía un *secreto*. Me puse á buscarlo largo tiempo. Al cabo de dos horas por lo menos de investigaciones, descubrí otro hueco, casi en frente del primero, pero en el fondo de una ranura. Al hundir mi alfiler adentro me saltó una planchita á la cara y hallé dos paquetes de cartas. Esas cartas estaban amarillentas y atadas con una cinta azul. Las he leído y reproduzco aquí las dos que siguen:

«Así pues, mi queridísima amiga, usted quiere que le devuelva sus cartas; se las envió no sin gran sentimiento. Que le daba miedo que las perdiese? Estaban bajo llave. Que las robasen? Yo velaba sobre ellas como sobre el más querido tesoro.

»Sí, esto me ha causado una pena extremada. Me he preguntado si en el fondo del corazón no tendría usted algún remordimiento... No el de haberme amado, porque sé que aun me quiere, sino el de haber expresado en el papel blanco ese amor ardiente, en horas en que su corazón

»se confiaba no á mí sino á la pluma que
»usted tenía en la mano.

»Cuando uno ama siente á veces la nece-
»sidad de las confidencias, el deseo enter-
»necido de hablar ó de escribir y así lo
»hacemos. Las palabras vuelan, las dulces
»palabras hechas de música, de aire y de
»ternura, las palabras cariñosas que se
»desvanecen tan pronto como se dicen, que
»sólo quedan en la memoria y que no pode-
»mos ver, ni tocar, ni besar como aquellas
»escritas por una mano. Quiere sus cartas?
»Bueno, se las devuelvo, pero con qué do-
»lor!

»Ès probable que después de escritas
»usted haya experimentado el pudor deli-
»cado de los términos indelebles, y su alma
»sensible y tímida, que se hiere por una
»nada impalpable, se ha arrepentido de que
»usted hubiera escrito á un hombre que la
»amaba. Se acordó de frases que emociona-
»ron sus recuerdos y se dijo: «convertiré
»en cenizas esas palabras».

»Quede contenta, quede tranquila. Aquí
»tiene sus cartas. Yo te amo».

«Amigo mío:

»No. Ud. no ha comprendido ni adivinado. Yo no me arrepiento ni me arrepentiré nunca de haberle confesado mi ternura. »Continuaré escribiéndole, pero Ud. me »devolverá mis cartas apenas las reciba.

»Tal vez mi amigo se extrañará mucho si »le digo la razón de esta exigencia que »no tiene nada de poética, que es práctica: »tengo miedo no de usted, sino del azar. »Soy culpable y no quiero que mi falta »recaiga en otros fuera de mí.

»Voy á explicarme. Nosotros, tanto usted »como yo, podemos morir. Ud. por ejem- »plo, puede morir de una caída de á caba- »llo, puesto que monta todos los días; de »un ataque, en un duelo, de una enferme- »dad del corazón, en un accidente de ca- »rruaje, de mil maneras, porque si no hay »más que una muerte, hay más maneras de »recibirla que días nos faltan de vida.

»Entonces, su hermana, su hermano ó »su cuñada encontrarán mis cartas.

»Usted cree que ellos me quieren? Yo no »lo creo; y aunque me adorasen ¿sería posi- »ble que dos mujeres y un hombre que sa- »ben un secreto parecido lo dejaran de pro- »palar?

»Pena me da decir estas cosas duras,
»suponiendo primero su muerte y sospechan-
»do después de la discreción de los suyos;
»pero todos hemos de morir, verdad? y con
»seguridad que uno de los dos precederá al
»otro bajo tierra, de modo que hay que
»prever todos los peligros, aun ese.

»Yo, en cambio, guardaré sus cartas al
»lado de las mías en el secreto de mi escri-
»torio. Allí se las mostraré, en su escon-
»drijo de seda, unas al lado de las otras,
»saturadas de nuestro amor y durmiendo
»como enamorados en una sola tumba.

»Pero Ud. objetará que si yo muero pri-
»mero mi marido encontrará esas cartas?
»No lo creo, primero porque él no cono-
»ce el secreto del mueble, porque no lo
»buscará y porque nada debo temer, si lo
»encontrase después de mi muerte.

»Se ha puesto usted á pensar alguna vez
»en todas las cartas de amor halladas en
»los gabinetes de las muertas? He reflexio-
»nado mucho sobre ese punto y por lo mis-
»mo me decidí á reclamarle mis cartas.

»Figúrese que nunca, óigalo bien, nunca
»una mujer quema, rompe ó destruye cartas
»en que se le habla de amor. Allí está
»toda nuestra vida, nuestra esperanza, nues-

»tra ilusión y nuestro sueño. Esos papелitos
»que llevan el nombre nuestro y que nos
»acarician con dulzura, son reliquias: nos-
»otras, las mujeres adoramos las capillas y
»sobre todo aquéllas en que somos las san-
»tas. Las cartas de amor son nuestros títu-
»los de belleza, de gracia, de seducción,
»son nuestro orgullo íntimo de mujer y los
»tesoros de nuestro corazón. No, no, jamás
»una mujer destruye esos archivos secretos
»y deliciosos de su vida.

»Pero como nosotras morimos como to-
»dos los demás, esas cartas suelen encon-
»trarse. Por quién? Por el marido. Qué
»hace entonces? *El* las quema.

»Oh! Yo he madurado mucho este asun-
»to. Figúrese que todos los días mueren
»mujeres que han tenido amores, y que las
»trazas, las pruebas de sus faltas caen entre
»las manos del marido y nunca estalla un
»escándalo ni se verifica un duelo.

»Ha pensado usted, mi querido amigo,
»en el hombre, en el corazón del hombre?
»Se vengán de una que vive, se batén con
»aquel que los deshonra, le matan, mientras
»ella vive, porque... sí, por qué? no lo sé
»exactamente. Pero si después de la muerte
»de la mujer encontraran pruebas semejan-

»tes que la comprometen, *las queman*, fingen
»ignorarlas, continúan dando la mano al
»amigo de la muerta y quedan muy satisfe-
»chos de que dichas cartas no cayeran en
»manos extrañas y de la seguridad de ha-
»berlas destruido.

»Conozco algunos de mis amigos que han
»debido quemar pruebas de esa especie, que
»hacen como si nada supieran y que si las
»hubieran descubierto en vida de *ellas*, se
»habrían batido con rabia; pero una vez que
»la esposa ha muerto, el honor cambia. La
»tumba es la prescripción de la falta con-
»yugal.

»Así, pues, deseo guardar nuestras cartas
»que entre sus manos son una amenaza
»para los dos. Osaría Ud. decir que no tengo
»razón?

»Yo te amo y te beso los cabellos.

Rosa.»

Levanté los ojos al retrato de «tía Rosa», miré su semblante severo, arrugado, un poco maligno y me quedé pensando en todas esas almas de mujeres que no conocemos, que suponemos tan diferentes de lo que son, en esas almas en que no adivina-

mos la malicia nativa y simple, la falsedad
tranquila y vino á mi memoria este verso
de Vigny:

Toujours ce compagnon dont le coeur n'est pas sur.

EL MENDIGO



EL MENDIGO

MARCEL PREVOST

EL MENDIGO

MARCEL PREVOST

EMMANUEL J. GARCÍA

Voy á contar una historieta simple y tenue, tan ligera y vaporosa que temo al tener que consignarla en el papel con palabras manuscritas, quitarle su impalpable gracia, su delicado sabor.

Pero me pregunto ¿por qué, cuando nos la contaron una noche en la decoración refinada y moderna de una comida, por qué nos hizo impresión tan duradera, tal que se ha convertido entre muchas gentes del mundo parisiense en una de tantas anécdotas clásicas, patrimonio de determinado grupo social, en donde la alusión que á ella se haga será siempre bien acogida é inmediatamente comprendida? Quizás porque esa narración fue como un girón de claridad cortado en el velo tenebroso de las murmuraciones y

de los lugares comunes de la política y de la literatura, ó tal vez porque así como una actitud ó un gesto bastan á veces para hacernos adivinar bajo el vestido todo un cuerpo femenino, así también bastan unas pocas palabras sinceras dichas por una mujer para mostrar su alma sin ropaje alguno.

La conversación había girado acerca de esas inclinaciones misteriosas, hoy ya bien conocidas y clasificadas por la ciencia, de las que muy pocos están exentos y que con invencible poder empujan á unos á contar las flores del papel que tapiza su habitación, ó los volúmenes de una biblioteca ó todo lo que se pueda sumar y esté al alcance de la vista; á otros, á dedicarse con afán á rara tarea, ya sea marchando en la calle por la orilla de la acera, ya tratando de llegar á determinado poste de luz, antes que un coche que rueda detrás les dé alcance ó que un reloj termine de dar las horas; ya imponiéndose antes de dormir prácticas singulares en la colocación de los objetos ó en la inspección de baules y de roperos; todas esas ligeras enfermedades de nuestro cerebro contemporáneo, migajas de monomanía y de locura trasmitidas de generación

en generación y finalmente diluidas en la vieja humanidad; y todos confesábamos nuestras debilidades, nuestras ridiculeces de maniáticos, animados por las confesiones ajenas y satisfechos de averiguar que eran semejantes ó peores que las nuestras.

Una señora joven nada había dicho aun y se pintaba la sorpresa que le causaba escucharnos, en su lindo semblante tranquilo que favorecía un marco de negros bucles peinados con regularidad.

Y Ud., señora, le preguntaron, ¿no se ha contagiado de ninguna de nuestras manías modernas, no tiene Ud. la menor miseria nerviosa que confesarnos?

Con sinceridad pareció buscar entre sus recuerdos haciendo por dos veces gesto negativo con la cabeza. Todos comprendíamos que decía la verdad, de tal modo su aspecto y lo que de ella sabíamos, su actitud reposada y su reputación de esposa ejemplar, la ponían aparte de las muñecas mundanas que acababan de exhibir sus desequilibrios.

Sin duda sufrió algo su modestia al tener que proclamar esa inmunidad absoluta cuando todos al rededor de ella habían con-

fesado sus miserias físicas y quizás por eso rectificó así:

—La verdad, Dios mío, es que no puedo decir que acostumbre sumar los números de los carruajes ó que haga el inventario de los objetos de mis armarios antes de acostarme, pero sin embargo, el otro día tuve una sensación muy parecida á las de ustedes, si no me engaño, una especie de impulso interior, una fuerza que nos obliga á ejecutar sin demora un acto indiferente como si de él dependiera la vida misma.

Se le suplicó que relatara el suceso y lo hizo graciosamente, con aire de pedir excusas por ocupar la atención del auditorio con tan insignificante aventura.

—En dos palabras contaré lo pasado. Hará como cinco ó seis días salí con mi hijita Susana—ustedes la conocen, es una niña de ocho años—La llevaba á la escuela—porque esta gran persona recibe ya sus clases. Hacía un lindo tiempo y decidimos ir á pie por los Campos Elíseos y los *bulevares* desde la casa hasta la calle Laffitte. Marchábamos pues, alegremente, charlando juntas, cuando en la vecindad de *rond-point*, un impedido muy joven se arrastró con la mano tendida hacia nosotras, sin decir

una palabra. Llevaba en la diestra mi sombrilla y con la mano izquierda me recogía el traje, pero confieso que no tuve paciencia para buscar mi portamonedas y seguí mi camino sin dar nada al mendigo.

Susanita y yo continuamos pues, bajando los Campos Elíseos. Ninguna de las dos, sin saber por qué, tratamos de conversar y así, sin cambiar una palabra desde que vimos al mendigo, llegamos á la plaza de la Concordia. Poco á poco experimenté que nacía en mí una especie de inquietud, de malestar, la sensación de haber realizado algo irreparable y por esa causa, de estar amenazada vagamente por algún peligro en el porvenir. En general yo trato de ver claro en mi fuero interno, hasta donde sea posible, y por lo mismo, mientras caminaba escrutaba en mi conciencia.

Veamos, pensaba, mi falta no es grave contra la caridad, no tengo la pretensión de dar limosna á todos los mendigos que encuentre, seré más generosa con el primero que pase y se acabó. Pero esos razonamientos no me convencieron, mi descontento interior crecía y se volvía una angustia; diez veces tuve la idea de regresar al lugar en que encontráramos á ese hombre, pero por

increíble que parezca, un escrúpulo humano me retuvo, el de no realizar mi idea en presencia de mi hija; tan cierto es que nada valemos desde que nuestros actos se ejecutan bajo la mirada de los demás.

Ya llegábamos al final del paseo, esquina de la calle Laffitte, cuando Susanita me detuvo, tocándome el vestido y diciéndome: —Mamá?—Qué quieres, encanto?—Mamá, (repitió gravemente mientras fijaba en mis sus grandes pupilas azules) por qué no le diste nada al mendigo de los Campos Elíseos?

Susana no pensó en otra cosa desde ese encuentro y, como el mío, también su corazón estaba oprimido, pero mejor que su madre, más sincera, confesaba ingenuamente su inquietud.

Ni un instante vacilé al replicarle que tenía razón, y como habíamos marchado más ligero que de costumbre al influjo de esa obsesión y quedaban veinte minutos antes de la hora de clase, llamé un coche, subí con Susana y el cochero partió para los Campos Elíseos con la celeridad del que espera propina generosa.

Íbamos cogidas de la mano y estábamos intranquilas al pensar en la posibilidad de

que se hubiera marchado el mendigo, de que no diéramos con él.

Llegamos al fin, saltamos á tierra, inspeccionamos la avenida y ya no se le encontraba. Interrogué á una portadora de sillas, se acordaba de haberlo visto, pero como no era un habituado de aquellos parajes, no daba razón por qué lado se marcharía. La hora pasaba y ya teníamos que regresar, contristadas, cuando de pronto Susanita divisó al hombre que sentado detrás de un árbol, dormía á la sombra con el sombrero en las rodillas. Mi hija se acercó de puntillas, deslizó una monedita de oro en su sombrero vacío y después volvimos á la calle Laffitte. Será absurdo, lo comprendo, pero nos besábamos mutuamente como si hubiéramos escapado á un gran peligro.

La dama terminó, enrojecida por haber hablado tanto de sí misma en medio del silencio general; y á todos los que religiosamente la escuchamos nos pareció respirar en una corriente de aire puro ó beber agua muy fresca tomada en la misma fuente.

UN PADRE

MARCEL L'HEUREUX

UN PADRE

MARCEL LINDBERGH

DEVIENNE, apoyada la frente en la vidriera, veía ansioso cómo se alejaba el coche de los novios, hasta que éste desapareció á la vuelta de la primera esquina, y entonces sollozando, volvióse hacia mí y me dijo:—Amigo mío, la vida entera me abandona!

Su semblante revelaba un dolor infinito, y con sólo verlo me convencí del espantoso vacío que dejaba su hija en el corazón de aquel hombre. Después de un rato de silencio agregó:—Quiere usted que salgamos? El aire me hará provecho. Y luego con tono suplicante:—Sí, no me abandone usted, me causa horror la soledad, venga conmigo hasta el Club.

Bajamos á pie por los Campos Elíseos. Empezaba á caer la noche; y las estrellas iban poco á poco esmaltando el claro azul del cielo. Devienne me dijo muy exaltado: —Ah, cómo sufro! Y á medida que el tiempo pase, más crecerá mi dolor! No imagina usted lo que pierdo. Entre Juanita y yo reinaba la armonía más perfecta, la comunidad más íntima de ideas y de sentimientos! Yo mismo la he educado, cultivado y embellecido. Ha sido la preocupación de todos mis instantes, el objeto de todos mis desvelos, el centro de todos mis pensamientos; á tal punto, que me parecía que la inteligencia, la gracia, la belleza que posee, cuanto la hace amable y seductora, era obra mía. Y pensar, agregó con voz emocionada, que todo esto me lo arrebatan en un sólo día y para siempre!

Dominado por el deseo imperioso de desahogar su pena, continuó:—Ya usted sabe que Juanita no es hija mía. Siete años contaba cuando me casé con su madre; pero lo que ignora de seguro es que sólo por ella, por cariño á ella, contraje un matrimonio que tantos pesares me ocasionó y que por poco me hace romper con mi familia. Ah! toda la vida me acordaré del día en que por pri-

mera vez ví á Juanita! Fue en Dinard, una tarde de agosto, á la hora en que el sol se hundía en el mar ensangrentado: estaba á la orilla del agua, y las olas venían á acariciar con dulzura sus piecitos desnudos. Los largos cabellos rubios envolvían literalmente su talle. Un ancho sombrero de paja echado hacia atrás le servía como de aureola. Derecha, inmóvil, semejante á una estatua esbelta, estaba mirando el horizonte, mientras con la mano procuraba debilitar los resplandores de la luz. Me acerqué sin ruido, y ella se volvió con los labios entreabiertos por la sonrisa y la mirada límpida y brillante de sus ojos que tienen reflejos de esmeralda. Á mí me pareció que todo el mar se estaba retratando en ellos. Jamás había visto maravilla igual, ni sentido emoción parecida. Para mí aquella criatura reunía todas las bellezas y todas las gracias vista así á la orilla del mar, á la luz del poniente, con los pies desnudos, la cabellera de oro y los ojos de esmeraldas.

Al día siguiente nos volvimos á encontrar en la playa y se acercó á darme los buenos días como entre viejos conocidos; los niños tienen gran penetración para adivinar las simpatías que inspiran, y se encariñan con

las personas que los distinguen. Mi emoción halló eco en el corazón de la niña, y por instinto me trató como amigo. El mismo día conocí la que poco después fue mi esposa y que era entonces la viuda de Nerand. En los baños de mar no existen las ceremoniosas presentaciones de París; cuando estaba conversando con la chiquilla se acercó la madre á quien se la elogíé y luego le dije mi nombre; resultó que teníamos algunos amigos comunes, y esto bastó para crear entre ambos una de esas intimidades efímeras que abundan en las playas y en las estaciones de baños.



Nunca me figuré entonces que adquiriría un compromiso de por vida. Pero el destino de los hombres no depende en gran parte de los azares de una amistad fortuita? Merced á la chiquilla, las relaciones nacidas entre la madre y yo se hicieron cada día más estrechas. Juanita me profesaba un cariño que me encantaba y que le agradecía. La señora Nerand opinaba que yo había conquistado ese corazón infantil y decía: usted debe ser un gran seductor, porque

esa personita no quiere á nadie. En realidad me convencí en breve de que no tenía ningún afecto con excepción del mío, pues aun entre madre é hija había algo que detenía las efusiones de la última.

Aquella falta de confianza entre dos criaturas llamadas á idolatrarse por vivir solas en el mundo, se explicaba únicamente por el carácter de la madre: romántica y caprichosa, era en todo de una frivolidad apasionada; y con su hija tenía verdaderas crisis de amor, tan violentas como pasajeras. En un sólo instante consumía toda la suma de cariño de que era capaz y luego parecía necesitada de descanso para recuperar el caudal de ternura. Muchas veces, después de probarle á Juanita la más extravagante adoración (y callo todos los disparates que decía en esos momentos), se quedaba varios días sin ocuparse de ella ni para dirigirle la palabra, dejándola abandonada á los cuidados de la servidumbre. Este amor voluble desconcertaba á la niña sin conquistarla y en cambio se resentía hondamente de las horas de soledad, lo cual hacía surgir la necesidad de un afecto uniforme y constante.

Sabido es que las jovencitas son más sen-

sibles y precoces que los muchachos y que de modo instintivo aprecian la delicadeza que sus mayores emplean en manifestarles sus sentimientos.



No podría expresar lo que experimenté al convencerme del cariño de esa pequeña que no quería á nadie. Me lisonjeaba en extremo haber ganado su amistad y por lo mismo la estreché más. Aquel sentimiento era sencillo y poderoso, profundo y dulce y parecía tan arraigado, que ocupaba mi pensamiento y exaltaba mi imaginación. Al evocar mis treinta y cinco años sólo encontraba vagos recuerdos. Me creía incapaz de amar y ya me reputaba por un solterón egoísta en las postrimerías de una vida inútil, seca y vacía, que no puede hallar alrededor más que luchas de intereses. Entonces deploré no haberme casado á tiempo para tener una hija mía, sólo mía, á quien querer, que se pareciera á Juanita, buena, linda y cariñosa.

Cada día me interesaba más por ella, y cuando tuve que partir de aquellos lugares donde había sido dichoso, eché de ver la

preferencia que había tomado en mi corazón. Cuando le dije adiós se echó á llorar en mis brazos diciendo:—Oh! cuánto me gustaría que usted fuera mi papá para que nunca tuviéramos que separarnos! Esa frase deliciosa de candor decidió de mi destino. Comprendí que Juanita me necesitaba y que sería imposible separarme de ella.—Nos veremos en París, hijita, le contesté, mientras estrechaba la mano á la señora Nerand quien sonreía.

Usted sabe lo que ocurrió después; en diciembre del mismo año nos casamos sin que estuviera enamorado ninguno de los dos. Mi esposa comprendió que el móvil del matrimonio era su hija y en una crisis de abnegación maternal, convino á pesar de la rareza del caso. Hizo bien, pues la enfermedad de que poco después murió ya la minaba y así dejó asegurado el porvenir y la dicha de Juanita.

Esta muerte no causó, pues, gran vacío en mi vida; más bien — por qué no decirlo? — experimenté cierta alegría egoísta al ver que la niña sería exclusivamente mía. No tardó, en efecto, en apegarse más á mi cariño. Tenía once años. Había dejado, pues, de ser una chicuela y su alma que se

abría á la vida comenzaba á darse cuenta de la dicha de ser comprendida por la mía.

Tuvimos todo un año de compenetración íntima. Ya puede usted darse cuenta por mis expresiones, de la dulzura que nos embargaba; mi esposa había sido más bien un tercero entre los dos. Multitud de veces tuve en su presencia una especie de pudor del afecto paternal que sentía por esa niña que no era hija mía y Juanita, muy perspicaz, evitaba á menudo las muestras de su preferencia, que habrían podido dar legítimos celos á la madre. Triste es, sin duda, confesarlo, pero la muerte de la señora Devienne nos dejaba en libertad para amarnos y para ser expansivos.



Ocho años dediqué á cultivar con esmero el corazón y el espíritu de Juanita: lo crié de nuevo á mi imagen y la hice como deseaba formarla, verdadera hija espiritual, de quien no podría renegar.

Con tal de que el otro, — agregó con amargura, — no sea un palurdo que vaya á marchitar la linda flor que le he dado!...

Justifica usted ahora mi horrible tortura?

Sufro desde el día en que comprendí que todo mi amor por Juanita sería inútil porque otro me la arrebataría más tarde; y sobre todo desde el momento en que eché de ver que ya no era yo el todo para ella, á pesar de que hizo esfuerzos para ocultarme el nuevo sentimiento que brotaba en su alma de jovencita, como presintiendo la pena que había de ocasionarme. Mas no era posible un secreto entre los dos. Leyendo en su corazón como en un libro abierto... se la entregué á ese hombre que me la ha robado, á ese que la ama también y que tendrá celos de mí mañana mismo — por qué no suponerlo cuando los siento de él? — al que voluntaria é inconscientemente se dedicará á destruir la obra mía, trasformando á mi hija en otra mujer distinta de la que soñó mi corazón.



Devienne no dijo nada más; me estrechó con efusión la mano y penetró en la oscura portada del Club, abatido y avejentado en un instante...

ADIÓS

GUY DE MAUPASSANT

ADIOS

BUY DE WANDERBART

TERMINABAN de comer ambos amigos. Desde la ventana del café veían el boulevard lleno de gente. Sentían pasar esos soplos libres que circulan en París en las dulces noches del verano, que hacen estremecerse á los paseantes y les dan deseos de viajar lejos, no se sabe en dónde, bajo las hojas, y hacen suspirar por los ríos iluminados por la luna, ó soñar con el gorgceo del ruiseñor.

Uno de ellos, Enrique Simon, dijo, suspirando profundamente:—Ah! Me hago viejo, qué tristeza! En otra época, en noches parecidas, sentía el demonio en el cuerpo y ahora sólo tengo la sensación del vacío. La vida corre de prisa!

Estaba ya muy gordo, á sus escasos cuarenta y cinco años y demasiado calvo.

El otro, Pedro Carnier, un poco menor, pero más delgado y ágil, repuso:

—Querido amigo, me he envejecido sin darme cuenta siquiera. Antes era alegre, bien dispuesto, vigoroso, listo y como cada día se mira uno al espejo, no se ve el trabajo que el tiempo ejecuta, porque es lento, regular y modifica el semblante tan suavemente, que las transiciones son insensibles. Por eso únicamente es que no morimos de amargura después de dos ó tres años de estragos, porque no los podemos apreciar. Para darse cuenta sería preciso que permaneciéramos unos seis meses sin mirarnos la cara y al cabo de ellos consultáramos el espejo, qué golpe, qué decepción! Y las mujeres, amigo mío, cómo considero á los pobres seres que cifran su dicha, su poder, su vida entera en la belleza que dura... diez años.

Yo envejecí casi sin darme cuenta. Me creía un adolescente á pesar de mis maduros años y como no tenía ninguna pena que lamentar, vivía dichoso y tranquilo. La revelación de mi decaimiento sobrevino de un modo simple y terrible que me tuvo ate-

rrado cerca de seis meses... después, qué diablo! he tomado mi partido.

A menudo anduve enamorado, como le pasa á todos los hombres, pero nunca cual una vez.

La encontré á la orilla del mar, en Étretat hace doce años más ó menos, poco después de la guerra. Nada más lindo que esa playa, á la hora de los baños. Es pequeña, en forma de herradura, encuadrada por altas rocas blancas. Estas *falaises* están horadadas en el centro por dos grandes huecos extraños á que llaman puertas; una enorme, extiende sobre el mar su pierna gigante, otra es acurrucada y redonda. La multitud de mujeres se aglomera en la estrecha lengua cubierta de guijarros y forma con sus claros vestidos un vistoso jardín dentro del marco de las enormes rocas. El sol cae de lleno sobre la costa, en las sombrillas de variados matices y sobre el mar azul verdoso; todo aquello alegre, encanta, sonrío verdaderamente. Es costumbre sentarse junto al agua para mirar á las bañistas. Estas bajan envueltas en peinadores de franela que luego dejan caer con un lindo movimiento, ganando después la línea de espumas de las pequeñas olas. Entran al

mar con paso presuroso y coqueto, aunque á veces las detiene un escalofrío delicioso ó una corta sofocación.

Pocas, muy pocas resisten esta prueba del baño. Allí se las califica de la pantorri-lla á la garganta; la salida sobre todo es terrible delatora de flaquezas, á pesar de que el mar es un gran cómplice de las carnes blandas.

Así ví por primera vez á esta joven y desde luego quedé encantado, seducido. Era bella, de una belleza firme y atractiva. Hay además figuras que nos encantan inmediatamente, que nos invaden por decirlo así de repente, que encarnan la mujer para cuyo amor nacimos. Yo tuve esta sensación, mejor dicho esta sacudida.

Me hice presentar y en breve me sentí enamorado como nunca. Ella se había apoderado de mi corazón. Cosa horrible y deliciosa á la vez es hallarse dominado por una mujer, es casi un suplicio á la vez que un indecible encanto. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca que las brisas á veces agitan, las más simples líneas de su cara, los imperceptibles movimientos de su fisonomía lograban conmoverme, encantarme, enloquecerme. Yo le pertenecía por com-

pleto, por sus gestos, por sus actitudes y hasta por las cosas que solía llevar y que por ello me hechizaban. Me enternecía al ver su velillo sobre un mueble ó sus guantes sobre un sillón. Inimitables me parecían sus trajes y nadie, creía yo, tenía sombreros parecidos á los suyos.

Era casada, y el esposo llegaba los sábados y partía los lunes. Por otra parte él me era completamente indiferente, no tenía celos, jamás he encontrado un ser más insignificante, más poco digno de llamar la atención.

Yo la amaba mucho. Verdad que ella era joven, graciosa y bella! Era la juventud, la frescura, la elegancia misma! Nunca hasta entonces me había penetrado de cuán lindo y fino ser es una mujer, distinguido, delicado, hecho de encanto y de gracia. Jamás había comprendido como entonces la belleza seductora que hay en la curva de una mejilla, en el movimiento de los labios, en los redondos pliegues de una oreja pequeñita, ó en la forma de ese tonto aparato que se llama la nariz.

Esto duró tres meses, después partí para América con el corazón colmado por la desesperación. Su recuerdo quedó en mí per-

sistente y triunfador. Me poseía desde lejos como antes de cerca. Los años pasaron, sin que pudiera olvidarla, porque llevaba su imagen en los ojos y en el corazón y mi ternura le era fiel, una ternura tranquila al cabo, el grato recuerdo de lo que me había parecido más bello y más seductor en la vida.



En la vida del hombre doce años son tan poca cosa que apenas si se les siente pasar. Desfilan los años, uno después de otro, despacio y con presteza, lentos y apresurados, nos parece cada uno muy largo y terminan pronto sin embargo. Se juntan tan ligero, dejan tan poca traza en pos de ellos, se desvanecen de tal modo, que al volver hacia atrás á contemplar el tiempo transcurrido, nada se divisa y no se explica uno el por qué de la vejez.

De la misma manera me parecía que pocos meses apenas mediaban entre aquella encantadora temporada de la playa pedregosa de Etretat y un día de la última primavera en que iba á comer á casa de algunos amigos en Maisons-Laffitte.

En el momento que partía el tren, subió al carro una gruesa dama escoltada por cuatro niñas. Apenas si miré á esta matrona altísima, muy redonda y con una cara de luna llena que coronaba un sombrero encintado. Respiraba con fuerza, sofocada por haber andado ligero; las niñas se pusieron á charlar. Yo abrí mi periódico y comencé á leer.

Acabábamos de pasar Asnières, cuando de pronto mi vecina me dijo:

—Perdone usted caballero, no es usted el señor Carnier?

—Sí, señora.

Entonces ella se echó á reir, con risa satisfecha de mujer simple, aunque algo triste sin embargo.

—Y no me reconoce?

Yo dudaba. Creía en efecto haber visto en alguna parte esa cara, pero dónde? cuándo? Entonces respondí:

—Sí y no... La conozco á usted ciertamente pero no recuerdo su nombre.

Sonrojándose un poco, contestó:—La señora Julia Lefebre.

Nunca he recibido impresión semejante. En un segundo me pareció que todo había concluido para mí, sentía como si un velo

se hubiera desgarrado delante de mis ojos y que iba á descubrir cosas horribles y dolorosas.

Era ella! Esta señora gorda y vulgar! Y había tenido cuatro niñas después que la había dejado de ver. Estos pequeños seres me causaban tanta admiración como su madre; eran suyos, ya estaban casi grandes con un lugar en la vida, mientras que ella, que había sido maravilla de gracia, coqueta y fina, ya no ocupaba ninguno. La había visto ayer, tal me parecía y la encontraba de ese modo, tan cambiada.

Cómo era posible?... Un dolor violento me oprimió el corazón, una protesta contra la naturaleza, indignación no razonada contra esta obra brutal é infame de destrucción.

La miré de una manera extraviada. Después le tomé la mano mientras mis ojos se bañaban en lágrimas. Lloraba por su juventud perdida, lloraba su muerte, pues efectivamente, desconocía en absoluto á la obesa señora.

Ella, emocionada también, balbució:

—Estoy muy cambiada verdad? Qué quiere usted, todo pasa. Veá, ahora me he convertido en una madre, sólo una madre, una buena madre; todo lo demás se ha ido,

ha concluido. Oh! estaba segura de que usted no me reconocería si alguna vez nos encontráramos. Por otra parte, usted ha cambiado también; necesité algún tiempo para tener la seguridad de no equivocarme, ha encanecido por completo. Pero hay que pensar que hace ya doce años, doce años... Mi hija mayor tiene diez cumplidos...

Yo miré á la niña y encontré en ella algo del antiguo encanto de su madre, pero un poco indeciso aún, algo que no estaba formado, que se adivinaba para lo venidero. La vida se me antojó tan rápida como un tren que pasa.

Llegamos á Maisons-Laffitte. Besé la mano á mi antigua amiga. Nada había podido decirle fuera de insípidas trivialidades, porque estaba demasiado emocionado para poder hablar.

Por la noche, en mi casa, ya solo, me contemplé largo rato en el espejo, mucho tiempo; y concluí por reconstituirme como había sido, por volver á ver con el pensamiento mi bigote oscuro, los cabellos negros y la frescura joven de mi rostro.

Entonces comprendí que estaba viejo...
Adiós!

EMMANUEL J. GARCÍA